



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 8. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Febrero 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION.		SEGUNDA EDICION.		TERCERA EDICION.		CUARTA EDICION.	
DE LUJO Ó COMPLETA.		ECONÓMICA.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Un mes, 1,75 pesetas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 24,00 ptas.				Un mes, 1,50 pesetas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »					

SUMARIO.

Neurología: Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, por Angela Grassi. — Origen del lenguaje, por Abdon de Paz. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — En globo de París á Noruega, por Ricardo de Villaseñor. — María Isidra Quintana y Guzman de la Cerda, Doctora de Alcalá, por Fermín Herran y Tejada. — María Stuart, por Salvador María de Fábregues. — A la muerte de la eminente poetisa doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, por Mercedes de Vargas de Chambó. — El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Explicacion del figurín. — Variedades. — Correspondencia. — Charadas.

GRABADOS. — La Doctora de Alcalá. — Vista de Bruselas. — Alegoría de la Paz. — La pantera negra.

NECROLOGIA.

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Cuando el alma está comprimida por un dolor profundo no acierta á traducirlo en frases razonadas, y sólo sabe regar con lágrimas silenciosas la tumba del amado sér á quien consagraba un tierno y entusiasta culto.

Apénas el alegre mes, heraldo de la primavera, descorría los cortinajes de nieve para mostrar á lo léjos los campos en flor, iluminados por los rayos de un sol brillante, un alma grande, un espíritu sublime abandonaba la tierra, para ir á buscar en otras regiones las primaveras inmortales, los rayos de aquel hermoso Sol que no tiene ocaso.

Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, á quien sus compañeros en las letras llamaban cariñosamente Tula, dejó de existir para el mundo el día primero de Febrero.

Si su muerte no tuvo un eco más universal y doloroso, perdiéndose entre los ecos de los intereses materiales y las pasiones políticas, resonará en cambio hasta los siglos más remotos, y su nombre será anoverado entre los de fray Luis de Leon, Lope de Vega y Cervantes. ¡Ay, también Cervantes murió entre la indiferencia de sus contemporáneos; pero ¡qué importa!

El verdadero poeta, el que siente iluminado su espíritu por la llama poderosa del genio, no aspira á recoger algunos aplausos pasajeros, no cuenta las caducas hojas de laurel que le sirven de alfombra; quiere que la luz que le alumbraba, cual la columna de fuego que guiaba á los Israelitas al través de los áridos desiertos, guie á las almas peregrinas de la vida hácia las regiones de lo bello y de lo bueno, en donde él tuvo su estancia.

«He llamado á la autora de *Saul y Alfonso Munio* poetisa, y he debido llamarla poeta, dice un ilustrado

publicista, porque nada revelaba el sexo á que pertenecía, en la concepcion de sus obras, en su estilo ni en sus pensamientos.

Su musa enérgica, poderosa y varonil, se inspiraba en los grandes asuntos ó en los grandes hechos, lanzándose con la impetuosidad del águila al mundo de lo infinito.

Su númen, lleno de espontaneidad y de vigor, despreciaba lo humilde y lo pequeño, y no cantaba la flor, el arroyuelo, la tórtola, esos ídolos de los vates bucólicos

sus obras, y buscar, con su implacable escarpelo, los pocos lunares que puedan hallarse en ellas; nosotros sólo sabemos sentir, admirar y llorar egoístamente su pérdida. ¡Egoístamente, sí, porque la Safo moderna, que llevaba la sien coronada de laureles, que era por todas partes aclamada y festejada, no poseía lo que acaso posea el ser más insignificante y humilde, la paz y el contento del alma.

«Cada gran victoria en el teatro, dice el mismo ilustrado publicista, era seguida de un gran pesar, de un inmenso dolor: el estreno de *Alfonso Munio* coincide con el fallecimiento de su primer marido, D. Pedro Sabater; el de *Baltasar* con la catástrofe que está á punto de arrebatarse á su segundo esposo, el coronel Verdugo; vuelve á ver, tras largos años de ausencia, el suelo natal; es recibida allí con honores desusados, con ovaciones brillantes, y queda viuda segunda vez.

En fin, regresa á su país de adopción; torna á Madrid, la ciudad de sus más dulces recuerdos y de sus postreras esperanzas, y minada su salud por los disgustos y las contrariedades, baja al sepulcro, á poco de cumplir 10 lustros, y en la fuerza, en la plenitud de sus facultades intelectuales.

¡Ah, que el vendabal se ensaña en abatir las encinas más frondosas! ¡Ah, que el rayo se complace en derribar las torres más elevadas!

Admirémos al genio; no lo envidiemos. Dios, en su ley de eternas compensaciones, reparte los bienes terrestres con equitativa y sabia mano: á los unos el talento, el brillo, la fortuna; á los otros la humildad, la vida oscura y apacible, las secretas alegrías del hogar doméstico. Para todos, moral ó material, la redentora cruz, que nos conduce purificados al regazo del Eterno.

ANGELA GRASSI.



LA DOCTORA DE ALCALÁ.

cos, sino el mar, la creacion, la eternidad, cuanto admiran y estudian las imaginaciones gigantes.

Ah, sí! ¡Quién no ha sentido elevarse su alma, engrandecerse su espíritu, al recorrer una y cien veces las páginas de los numerosos volúmenes que ha publicado? A su genio poderoso todo la era familiar: la prosa y el verso, la novela y el drama, el idilio y la epopeya. Si *Baltasar*, su obra maestra, sorprende y arrebató, ¡hay nada más delicado y encantador que *La hija de las flores*! Dejémos á los severos críticos el cuidado de analizar

ORIGEN DEL LENGUAJE.

La palabra ha sido revelada, aprendida ó inventada? Dios, que había dado á la materia leyes fatales para la produccion de sus fenómenos y al animal irracional disposiciones innatas para la manifestacion de sus instintos, reveló á Adán la facultad de comunicar sus ideas á sus semejantes, el poder de encender por sí mismo la antorcha del verbo, que debía de iluminar su alma. Inspiradas la bestia y el ave en los ecos producidos por

el choque de los elementos, lanzaron sus bramidos y cánticos, de los cuales sin duda *aprendió* el hombre los prolegómenos de su vocabulario. Pero aunque de este á la gramática sólo había un paso, en el concepto de que para darle fueron precisos centenares de años, habló J. J. Rousseau del *invento* de la palabra. Tales la triple forma en que puede resolverse tan dificultoso problema, á la vez que cuestion tan importante.

Recien venido al mundo reprodujo Adan, como el niño, cuanto excitó su atencion en los ruidos que escuchara. Ultimo en la cronología de los séres, imitó á los que le precedieron. El primer sonido inarticulado que salió de su boca fué como un rayo de luz que iluminó su mente. Oyó aquel sonido; le combinó con otro; repitió ámbos cuantas veces buscó y halló ciertos objetos para la satisfaccion de sus necesidades naturales; y de este modo desarrollóse la facultad del habla, enriquecida despues con nuevas voces hasta la expresion de las necesidades sociales, y por último de las intelectuales.

Una fuerza ciega, invisible, misteriosa, reunió así las primeras nociones lingüísticas, cuyo nacimiento espontáneo, cuyo desenvolvimiento del ensayo al sistema, cuya muerte y resurreccion se ofrecieron cual si la fuente de las radicales, arias, semíticas y africanas, fuese la misma que aquellas de donde la abeja tomó su zumbido, la culebra su silbo, la gallina su cloqueo y el asno su rebuzno. Estas manifestaciones instintivas, sordas para expresar el miedo, breves para la cólera, agudas para la angustia, lentas para el dolor, suaves para el placer, constituyeron el caos generador del lenguaje, el cual pasó del grito á la sílaba, de la sílaba á la palabra, de la palabra á la gramática y de la gramática al símbolo, representado por la piedra, la planta, la mano, el gerglífico, la taquigrafía, el manuscrito, el impreso y el hilo telegráfico. Si la naturaleza había principiado por enseñar á hablar al hombre por medio de sus ruidos, ¿qué extraño que el hombre concluyera por enseñar á hablar á la naturaleza por medio de la electricidad? ¿De tanto era capaz su semi-divina inteligencia!

Ya Homero, Aristóteles y Lucrecio supusieron en la antigüedad que los idiomas, como las especies, eran formas organizadas, veladas por los misterios de la creacion; en demostracion de cuyo corolario científico, algunos viajeros han reconocido el canto del grillo en las guturales tártaras y el relincho del caballo en las nasales aspiradas del teutónico; los actuales dialectos salvajes no son otra cosa que una continuada onomatopeya; Max Muller menciona pueblos como Cochinchina, que tienen lenguas de pájaros; y en la nomenclatura zoológica, antigua y moderna, los naturalistas han derivado el nombre de cada individuo de su grito específico, reconociéndose, entre otros, el *kra* del cuervo en el sanscrito *ka-ra-va*, el griego *korax*, el alemán *krahe*, el inglés *crow*, el latín *corvus* y el francés *cro-asser*. El ruiseñor, cuyas cadenciosas variantes describió tan bien, mil ochocientos años hace, Plinio el Viejo, ¿no dió al griego, con su nota radical, una terminacion gramatical y la leyenda de una mujer que, trasformada en aquella ave, va por todas partes llamando á *Itis*? ¿Acaso los monosílabos *Baal*, *Zend*, *Fó*, *Io*, *Oc*, *Oil* y otros, no explican muchos secretos por cuyo descubrimiento se afana hoy la filología?

Y no sólo las lenguas animales legaron al caldeo y al zend, al griego y al sanscrito, voces y flexiones, cuentos y fábulas, sino que hasta los mismos ecos de la naturaleza muerta resuenan hoy en la naturaleza viva de una manera clara, precisa, indubitable. El rugido del leon recuerda el *Simun* del desierto; el gangueo del ánade, el chasquido de las olas y el canto del buho los murmullos de la noche. El gorjeo de la alondra respira la alegría de la luz á cuyas alturas se remonta, y en el mugido del buey hay algo del gemido que arranca el duro trabajo de la tierra. No en vano la mitología, que figuró el carro de Cibeles tirado por leones y el de Neptuno por caballos marinos, colocó el mochuelo sobre la cabeza de Minerva y el águila á los pies de Júpiter.

¿Ni qué otra cosa significa la idea de la metempsicosis, tan generalizada en el Oriente, en India como en Egipto, en Grecia como en Roma? La nube, la fuente, la bestia, el ave han hablado; luego hubo un tiempo en que fueron personas; luego en ellas hay almas desti-

nadas á trasmigrar de un cuerpo á otro hasta purificarse y convertirse en géneos protectores del mundo. Ahí teneis á Osiris trasformado en tórtola para llamar á la desconsolada Isis. Ahí teneis á Argos trocado en pavo real por su falta de vigilancia. ¿Qué extraño que el hombre, olvidada la revelacion, llevara su respeto á la naturaleza, crisol en el que se había fundido su lenguaje, no ya hasta convertir á los centauros en hijos de una nube y á Pasifae en madre del Minotauro, sino hasta levantar templos al buey y al elefante?

Ignórase cuál fuera el idioma primitivo, llegando apenas la filología á acercarse á la penumbra de los himnos védicos, semejante á los gorgeos de las aves, especie de salutación á Dios, epopeya de la tristeza, elegía de una gran catástrofe, al traves de cuyas sombras se vislumbra la identidad de origen del canto y la palabra. Sábese por los libros santos que desde Adan á Nemrod «el pueblo fué uno solo y el lenguaje de todos uno mismo (1),» y que la ciudad en que comenzó á edificarse aquella torre, cuya cumbre había de elevarse hasta el cielo, recibió el nombre de Babel, «porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra y desde allí esparció el Señor á los hijos de Noé por todas las regiones (2).» De cuya confusion y dispersion, segun la ciencia moderna, resultaron las ramificaciones *aria* (Jafet), *semítica* (Sen) y *africana* (Chan), procediendo de la primera el griego, latín, celta, germánico, ruso, italiano, portugués, español, provenzal, francés y moldo-válaco; de la segunda el caldeo, siríaco, hebreo, árabe, zend, tártaro, indio y chino; y de la tercera multitud de idiomas, no conocidos aún de la etnografía, cuyo estado imperfecto no permite clasificar más de ochocientas sesenta lenguas y unos cinco mil dialectos, perteneciendo de aquellas ciento cincuenta y tres al Asia, cincuenta y tres á Europa, ciento quince al Africa, cuatrocientos veintidos á América y ciento diez y siete á Oceanía.

A medida que se separaron de su madre comun, desarrolláronse los idiomas por su propia virtud, conservando su ciencia gramatical, eterno monumento del espíritu; pero cambiando de vocablos, declinaciones, conjugaciones y giros, á la manera que cambia de escamas el pez ó de plumas el ave. Como el flujo y reflujo del Nilo abona el terreno que inunda, las invasiones de los pueblos conquistadores abonaron las lenguas de los conquistados. No de otro modo al estruendo de las armas, vencedoras unas veces, otras vencidas, de Medos, Asirios, Babilonios, Egipcios, Númidas, Fenicios, Helenos, Macedonios y Romanos, mientras por un lado el zend influyó sobre el indio, cuyas modernas formas son el paci, pali é industani, y el tártaro sobre el chino y sus derivaciones progresivas el turaniense y el sanscrito; por otro el caldeo influyó sobre el hebreo, el hebreo sobre el árabe, el árabe sobre el persa, el persa sobre el griego, el griego sobre el latín y el latín sobre los idiomas europeos. En tal concepto, Mardocentes y Salmanasar, Cíaxares y Nabucodonosor, los Faraones y los Manchús, Ciro y Alejandro, Anibal y Milciades, César y Atila, descendieron del alto pedestal de su gloria militar para convertirse, en bien de la civilización, en humildes maestros de escuela.

Así brotan y caen los idiomas como las hojas de los árboles, segun la gráfica expresion de Horacio. Las lenguas madres se alimentan de las vulgares hasta que muertas aquellas por una invasion, como el griego y el latín ante el germano de los Bárbaros del Norte, ó por el cautiverio, como el hebreo de los Judíos ante el caldeo de los Babilonios, comienzan las segundas á vivir con vida propia, independiente. De esta suerte se combinan y cruzan entre sí para regenerarse como las razas zoológicas, concluyendo en tan dificultoso génesis de pulimentarse hasta llegar al grado de perfeccion que señalan Moisés en el *Pentateuco*, Mahoma en el *Korán*, Ferduey en el *Shah-Maneh*, Homero en la *Iliada*, Virgilio en la *Eneida*, Dante en la *Divina Comedia*, Shakspeare en el *Hamlet*, Pascal en sus *Pensamientos*, Goethe en el *Fausto* y Cervantes en las aventuras de su *Ingenioso Hidalgo*.

Los antiguos hablan de la formacion de multitud de lenguas. Hoy mismo vemos enjambres de ellas, ameri-

(1) Génesis, XI, 6.

(2) Génesis, id., 9.

canas, africanas, polinesias, turanienses, en perpétua movilidad, robándose unas á otras sus vocablos y locuciones. ¿Quién sabe lo que darán de sí el día en que se fijen? ¿Quién sabe lo que saldrá de ese fecundante polvo embrionario?

ABDON DE PAZ.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

IX.

Muy superior al romancillo que precede, es otro del mismo género que, despues de leído á sus colegas, lo publicó el Sr. Bono Serrano posteriormente en el *Diario de Valencia* del domingo 1.º de Marzo de 1829. Despues de manifestar el vate,

Que de una verde colina
En la pintoresca faldá,
Edificó por sus manos
Una pajiza cabaña.

Prosigue así:

Los abetos que sombrean
La negra selva cercana,
Me ofrecieron materiales
Alargándome sus ramas.
Hacia el despejado Oriente
Abrió cómoda ventana,
Que el sol benéfico dora
Apénas del mar se alza.
No ostenta el humilde techo
Labores artesonadas,
Ni en sus paredes campea
De Corinto la elegancia.
Adornen tales primores
Del potentado el alcázar,
Donde cual funesto enjambre
Las cuitas en tropel vagan.

Dice despues, que al salir el sol lleva su ganadillo á la pradera y prosigue:

Con el rústico instrumento
Ensayando mil tonadas.
El retozon cabritillo
Alegre al oírlo salta,
Y el mastin despierta, corre,
Sube á los cerros y ladra.
Melodioso el coro alado
Con sus trinos me acompaña,
Al astro que le dá vida
Entonando la alborada.
El hambriento corderillo
Buscando á su madre, bala,
Y á despuntar el madroño
Trepá la golosa cabra.
Aquí de fragoso risco,
Con blando murmullo baja
El fugitivo arroyuelo
Que por el valle resbala.
Allí de eminente cumbre,
Audaz al hondo se lanza
Arrollando cuanto encuentra
La estrepitosa cascada.

Despues de pintar el poeta con vivísimos colores un apacible y ameno paisaje, leemos estos versos:

Cabe la fuente del pino,
De un zagal suena la flauta
Y en torno bullen los coros
De las pastoriles danzas.
Este gozo, estos placeres,
Esta agradable algazara,
Son la muerte de las penas,
Son la música del alma.
¿Cuándo esta dicha inefable,
Que solo dá la campaña,
Sonríe á los cortesanos
En sus mentidas holganzas!
Todo aquí es paz y embeleso;
Ofrecen solaz las aguas,
Recreo los pajarillos,
Sombra los árboles, grata.
Aunque estremecido el orbe
En lides sangrientas arda,
Este mágico sosiego
Sólo interrumpen las auras.
Que el retiro y medianía
Son cual firmísima valla,
Donde se estrella el empuje

De pasiones irritadas.
 Por eso Amiclas, del sueño
 En los brazos reposaba,
 Sordo al estrépito horrible
 De combatientes escuadras.
 Feliz barquero mil veces,
 Que en tan desecha borrasca
 De huracanes y bajíos,
 Salvar su esquife lograra.
 Y feliz yo, desde el día
 En que dejé la morada
 De confusion y discordia,
 Por mi tranquila cabaña.

A principios del año 1828 murió en Valencia el subdiácono Pedro Ramo, paisano y condiscípulo de Bono-Serrano, y éste manifestó su sentimiento y dolor por el prematuro fallecimiento de su excelente amigo, en una poesía notaba por lo tierna y afectuosa. Hé aquí el principio y final de aquella oda:

AL SEPULCRO DE UN AMIGO.

A pesar del espanto
 Con que asombras, mansion de luto y muerte,
 Ya vuelvo los gemidos á ofrecerte
 De plañidero canto,
 Cual suelo cada día
 Cuando acrece tu horror la noche umbría.

Para templar mi pena,
 Ni una estrella reluce de consuelo
 En las oscuras bóvedas del cielo,
 Que pavoroso truena;
 Cada objeto parece
 Espectro aterrador que me estremece.

En la torre lejana,
 Que cual fantasma se alza en el desierto
 De muda calma y lobreguez cubierto,
 La voz de la campana
 Con eco misterioso
 Al silencio convida y al reposo.

¡Ay! descansa en buen hora
 De la benigna paz en el abrigo,
 El dichoso mortal, que de un amigo
 La pérdida no llora;
 Y mientras duerme el mundo,
 Sólo yo vele en mi dolor profundo.

Las dos últimas estrofas, son las siguientes:

Sin cesar, mi memoria
 Recordará llorando desengaños,
 Tus dotes bellas, tus floridos años
 Y tu naciente gloria,
 Que lució breve instante
 Como fugaz relámpago brillante.
 Y sólo, dulce amigo,
 Calmará la amargura de mi suerte,
 Cuando el ángel bondoso de la muerte
 Me reuna contigo;
 Sensible á cuanto peno,
 Abreme, tumba, por piedad, tu seno.

Una odita religiosa publicó poco después de escribir la anterior, nuestro laborioso vate. No será desagradable á nuestros lectores ver algunas muestras de aquellos metros sagrados, los cuales están escritos en la más bella de nuestras combinaciones poéticas, según la autorizada opinión de Quintana. Dicha composición comienza así:

A UN SANTUARIO.

Ermita solitaria,
 Morada, cuyo mágico sosiego
 Convida á la plegaria;
 Oyó el Señor mi ruego
 Y á su amada Betel dichoso llevo.
 El monte y selva umbría,
 Alejan de tu seno misterioso
 La ruda gritería
 Del mundo bullicioso
 Que turba del espíritu el reposo.
 Esas lúgubres calles
 Que el sauce enluta y el ciprés erguido,
 La quietud de los valles
 Y del buho el gemido,
 El ánimo levantan abatido.

Por la vasta llanura,
 Ya vienen los sencillos labradores
 A rendir con fé pura
 Ofrendas y loores
 Al Señor, que bendice sus labores.
 Mil veces bienhadada
 La gente de estos campos moradora,
 Que del mundo olvidada,

A Dios ferviente adora
 Y hasta el nombre fatal del vicio ignora.
 La divina Clemencia,
 El tributo recibe que en el ara
 Ofrece su inocencia,
 Cual un tiempo aceptara
 Las víctimas que Abel le consagrara.
 Dulce, envidiable vida,
 La que el mortal oscuro en este suelo
 Vé pasar escondida,
 Sin afán, sin recelo,
 Util á sus hermanos, grata al cielo.
 Mas ya del santuario,
 Respetuosa el umbral huella mi planta
 Y escucho al solitario,
 Que fervoroso canta
 Las maravillas de la diestra santa.
 ¡Qué trasunto del cielo!
 Tu nombre suena sin cesar, ¡Dios mío!
 Jehová en rauda vuelo
 Llena el bosque sombrío,
 Y Jehová repite el hondo río. etc.

DOMINGO HÉVIA.

(Se continuará.)

EN GLOBO DE PARIS Á NORUEGA.

(Traducción del Monde Illustré.)

(Continuación.)

Pocas veces se han podido encontrar en una situación tan triste dos seres humanos unidos sólo por un destino eventual, entregados á los caprichos de la atmósfera, y expuestos á ser tragados por las olas. La crítica posición en que se encontraban se presentó á su vista en toda su gravedad, y la decisión con que habían emprendido su viaje no había contado con semejante apuro. Este lo hacía mayor, el que M. Pablo Rolier había dejado en París á su joven esposa, con la que se había unido hacía sólo un mes, y M. Leon Besor á su mujer y tres niños. La niebla, que se había disipado por completo, como para permitirles contemplar mejor la grandeza del Océano y la extensión del peligro, no tardó en posesionarse otra vez del espacio; y á pesar de esto, y pasado el primer momento de emoción, M. Rolier, que conservaba toda su sangre fría, examinó detenidamente la situación. Los rayos del sol, hiriendo sobre el globo, habían hecho escapar cierta cantidad de gas; de suerte que la parte inferior de la tela, floja y plegada, flotaba á todos vientos, lo que aumentaba cada vez más el escape del hidrógeno.

Casualmente el aeronauta se puso á examinar un rollo que encontró en medio de las cartas que arrojaba al mar, y ¡cuál no fué su sorpresa y admiración cuando al desarrollarlo vió la fotografía de una escultura que representaba á la Virgen de la *Recouvrance*, abogada de los marineros!

En esos momentos supremos en que el espíritu humano, agotados todos los medios posibles y regulares, convencido de su impotencia, y ántes de desesperarse, se une instintivamente con *viva fé* á los indicios más fugitivos de un suceso sobrenatural; M. Rolier, iluminado por luz divina, suspendió la fotografía á una de las cuerdas de la barquilla, y perdido entre el cielo y el mar, hincó sus rodillas delante de la aparecida imagen; su compañero al verle, siguió también su ejemplo, y después de hacer ferviente oración, sintieron poseídos de un valor y confianza grandísima, pareciéndoles como que la virgen, en aquel arriesgado trance, les hubiese amparado bajo los pliegues de su flotante manto. Pero apenas se levantaron, la fotografía, sin duda mal sujeta, se desató y fué llevada por el viento. La alegría que habían sentido á su descubrimiento, se les fué con la imagen, la que siguieron ávidamente con la vista hasta que desapareció por completo. Después de esto M. Rolier confiesa que el sentimiento de su impotencia extravió un momento su razón, y recuerda que vencido por el dolor, tomó friamente un fósforo, con intención de hacer saltar el globo, y que frotándole varias veces sobre el traje de su compañero, no llegó á encenderse.

La exaltada imaginación del aeronauta, se tranquilizó enseguida y conoció por sólo este hecho, que la Vir-

gen cuidaba de ellos (1) y que debían seguir el camino de la esperanza, entregándose á ella por completo.

Marchaban hacia algún tiempo, cuando un buque se dibujó en el lejano horizonte, y creyeron notar que traía exactamente su mismo rumbo. Una atención verdaderamente febril concentraron los navegantes aéreos, sobre los del mar, y estando en este estado de verdadera ansiedad, una brusca é inesperada sacudida les presentó de pronto un nuevo peligro, y era que la barquilla no distaba más que cuatro ó cinco metros de la cúspide de las olas. Tan pronto como el pensamiento, el aeronauta, ayudado de su compañero, trató de remediar el peligro, pero sus esfuerzos eran muy débiles y no lo lograron.

Una última mirada que dirigieron hacia el buque, les mostró éste á 500 metros de distancia próximamente; pero aún estaba demasiado lejos, y la barquilla á punto de tocar el mar; iban á ser tragados irremisiblemente por este imponente elemento.

Dos sacos de lastre arrojaron sin resultado al parecer: el peligro llegó á ser del todo inminente; el viento azotaba furiosamente el globo, haciéndole inclinar á un lado y á otro; un instante más y todo estaba perdido.

RICARDO DE VILLASEÑOR.

(Se continuará.)

MARÍA ISIDRA QUINTANA Y GUZMAN DE LA CERDA.

DOCTORA DE ALCALÁ.

Nació el 21 de Octubre de 1768 en Madrid, una niña que fué la admiración de sus contemporáneos, y que hoy es el asombro de las presentes generaciones.

Mujer á los pocos años, estudiosa cuando las de su edad sólo piensan en divertirse, gloria nacional cuando los demás comienzan su carrera literaria, fué nombrada por unanimidad individuo de número de la Real Academia de la Historia, en cuya recepción sostuvo con la valentía de un hombre y con la fuerza de razonamiento de un gran argumentador, que la mujer es apta para la enseñanza de las ciencias y de las letras. Su discurso, modelo de dicción y de originalidad, es tan notable, que mereció ser copiado por Bullon, en su *Diccionario enciclopédico*. El 2 de Noviembre de 1784, á la edad de 17 años, fué admitida en la Real Academia de la Lengua.

En 20 de Abril de 1785, fué expedida la orden permitiéndola hacer los ejercicios necesarios para adquirir el grado de Doctor en Filosofía y Letras humanas, cuyos ejercicios llevó á cabo con éxito sorprendente en los primeros días de Junio de 1785, habiendo sido investida con el grado de Doctor el 6 de Junio.

En el mismo año fué nombrada socio de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

Fuó hija del conde de Oñate y casó el 9 de Octubre de 1789, con D. Rafael Alfonso de Souza, muriendo, después de haber sido modelo de casadas y madres, el 5 de Marzo de 1803.

Una de las conclusiones más atrevidas de Aristóteles defendió la Doctora de Alcalá en sus ejercicios, y cuantos esfuerzos hicieron los sapientísimos jueces de su tribunal, fueron insuficientes para doblegar el varonil ingenio de aquella niña, que encontraba contestación á todas las objeciones que se la hacían.

FERMIN HERRAN Y TEJADA.

MARÍA STUART.

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO

1542-1587.

XXIX.

Detalles del triste fin de María.

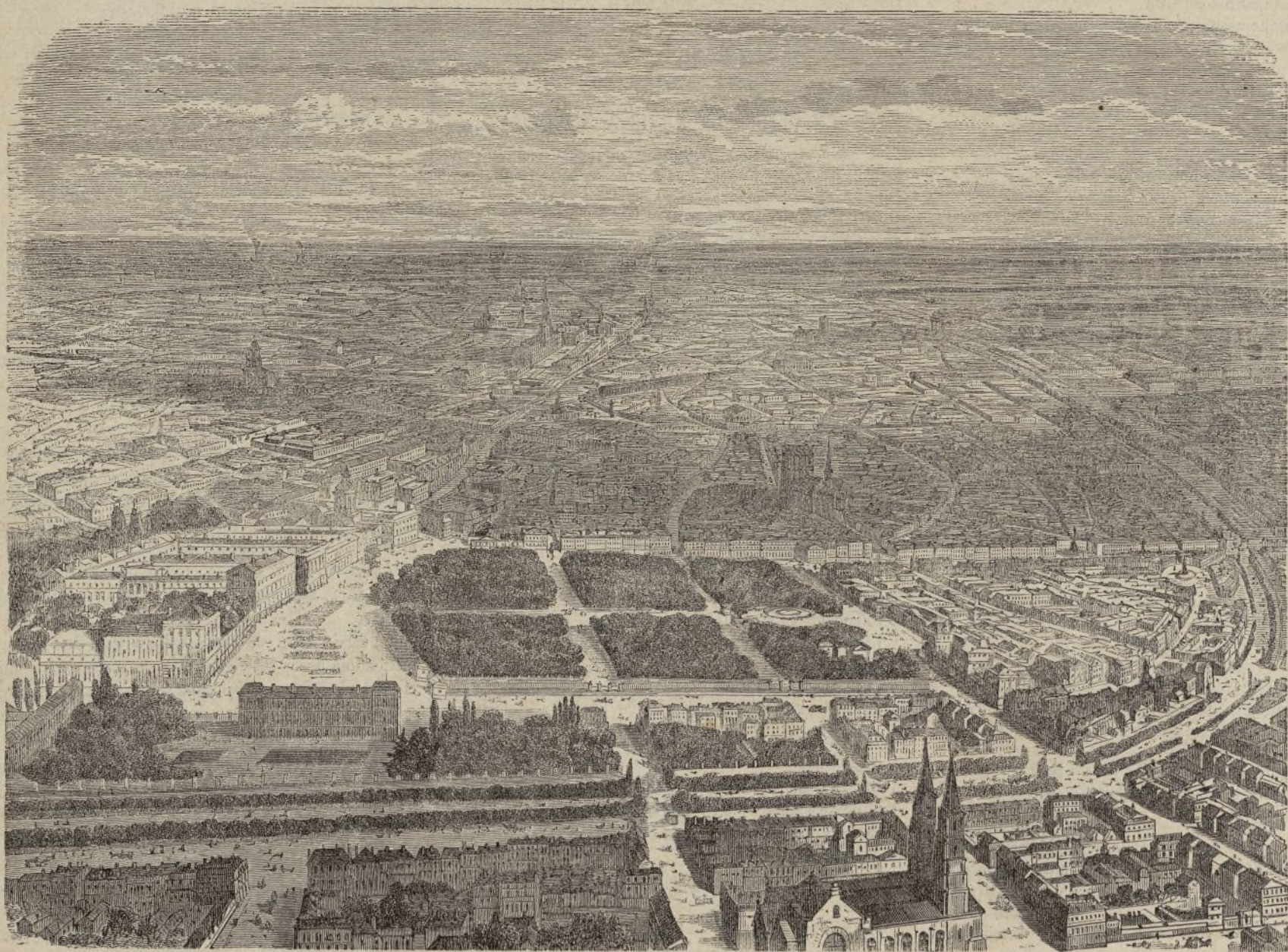
Llegado era el momento en que iba á representarse la última escena de aquel drama, que debía desenlazar-se con sangre inocente. La víctima estaba preparada, y el implacable verdugo, cumpliendo todas las fórmulas aparentemente legales, ni siquiera descuidó el mandar hacer un traje nuevo de terciopelo negro al ejecutor de aquel crimen tan cínicamente odioso.

(1) Esta jamás desoye á quien con fé reclama su maternal auxilio.

Mientras en los lujosos salones de Greenwich Isabel saboreaba el placer de su venganza satisfecha, en los tristes muros de Fotheringay María se preparaba á la muerte con la cristiana resignación de una mártir. Las horas trascurrieron velozmente; el fatal 8 de Febrero amaneció. Era el último día que aquella infeliz reina podía contemplar aún á través de los hierros de una prisión, con todos los encantos, con todas las bellezas con que la naturaleza se ofrece á los ojos del que está próximo á perder la vida. La creencia del más allá, la esperanza de la compensación que el Supremo Juez concede al que sufre injustas persecuciones de sus semejantes, alientan las almas grandes, vigorizan los espíritus débiles. María Stuart es indudablemente la prueba más convincente de la exactitud de estos juicios emitidos por grandes pensadores. Débil mujer, sin amparo ninguno en la tierra y á merced de una hiena ávida de beber su sangre, su valor, su entereza no amenguó ni un segun-

las piernas le impedían andar libremente, fué hasta la puerta. Allí el pobre anciano, falto de valor le suplicó con sentidas razones le relevase de tan terrible prueba como era presenciar su fin, ya que su dolor era tan grande por no serle dado rescatar su vida hasta con la última gota de su sangre. María se hizo cargo de tan justa petición, y suplicó al sherif que alguien le sirviera de apoyo, pues sin él no podía andar. Un soldado substituyó al médico, y la fúnebre comitiva continuó la marcha. Antes de llegar al sitio de la ejecución, una orden de los comisarios régios prohibió á la servidumbre de María el presenciar su muerte, fundándose en que el espectáculo podía dar lugar á escenas que no querían ni debían tolerar. Se referían á la explosión de su legítimo dolor, que no podría menos de manifestarse en aquel trance. María protestó por tan arbitraria medida, pero los condes se negaron á complacerla, y sólo á instancias del sherif concedieron que pudieran acompañarla cuatro

mohadon enfrente del tajo donde debía apoyar la cabeza para que se la cortaran. Al pie de la escalera encontró María á sir Andrés Mevil, su antiguo mayordomo, al que hacía algunos meses habían separado de su lado y el cual con grandes instancias consiguió poderla ver antes de su muerte. Cuando divisó á Mevil, que era un venerable anciano, cayó á sus pies é imploró su bendición derramando dulces lágrimas, y recomendándole sirviera á su hijo como la había servido á ella. Mevil turbado y confundido mezcló sus lágrimas con las de su reina, á la que amaba de corazón. María repuesta de su pasajera emoción le consolaba diciéndole:—No llores, debes regocijarte. Muero por la religión católica y firme en todos sus principios que van á poner término á todos mis males. Perdono á los que me hacen morir, y el último voto de mi corazón será el bien y la felicidad de la Escocia y de la Francia, en cuyos tronos me he sentado. Dile á mi hijo que no he hecho nada que pue-



VISTA DE BRUSELAS.

do y sobre todo en sus últimos momentos llegó á cubrir de vergüenza hasta el rostro de sus cobardes enemigos. Mas dejaremos estas consideraciones para el próximo capítulo, y vamos á narrar su fin, tan tristemente célebre, como las distintas situaciones en que durante su vida se vió colocada.

Las ocho de la mañana serían cuando sir Tomás Andrew sherif del condado de Northampton, en cuya jurisdicción se encontraba el castillo de Fotheringay, penetró en las habitaciones de María, á la que encontró arrodillada y orando rodeada de su servidumbre.—Señora, cuando vuestra gracia guste, le dijo respetuosamente.—Vamos, contestó María poniéndose en pie.—Burgoin tomó la cruz de ébano con crucifijo de marfil que había sobre el altar y le dijo:—Señora, ¿no agradaría á V. M. llevar este crucifijo?—Gracias, contestó María por habérmelo recordado, y lo entregó á su ayuda de cámara Anibal Stewart para que lo guardara hasta que ella se lo pidiese. En seguida apoyándose en el brazo de su médico, pues los fuertes dolores que padecía en

criados suyos, cuya elección le dejaron. El resultado de aquella prohibición fué una escena verdaderamente desgarradora; la despedida de María y sus servidores. Gritos, sollozos, lágrimas, cuantas manifestaciones puede tener el más acerbo dolor, se vieron en aquel infausto día. Había quien se revolcaba por el suelo y se arrancaba los cabellos; todos besándole las manos y los pies, postrados ante ella, le pedían perdón llamándola su madre. El dolor y la desesperación de Edipo al despedirse de sus hijos, no pudo igualar de ninguna manera al de aquellos infelices que perdían tan buena ama, á la que con sobrada razón llamaban madre. El sherif puso término á aquellos angustiosos momentos. Los criados de María quedaron encerrados en un salón, cuya puerta guardaba un peloton de soldados. La comitiva siguió su curso. Bajó la escalera para llegar al lugar de la ejecución, que era un gran salón de la planta baja, en cuyo centro se levantaba un tablado de dos pies y medio de alto, por doce pies cuadrados de extensión, tapizado todo de negro y con su correspondiente banqueta y al-

da perjudicar al reino ni á su calidad de rey ni de príncipe soberano, ni á sus derechos sobre la Inglaterra, que de mí heredaré. Adios, mi buen Mevil, hasta que nos volvamos á ver en el cielo.—Los dos condes, sir Enrique Talbot, primogénito del gran mariscal; sir Amyas Paulett, gobernador del castillo, y sulugar teniente Drugeon Drury; sir Roberto Reale; el doctor Fletcher, dean protestante de Peterborough y hasta unos cincuenta nobles de la comarca invitados á presenciar la ejecución, esperaban á María á la entrada del salón, cuya puerta guardaban una doble fila de soldados. Cuando estuvo ante ellos volvió á protestar María por la prohibición de que la acompañaran sus servidores hasta el último momento. Esta medida la desaprobaban muchos de los circunstantes, lo que obligó á los condes á conferenciar nuevamente entre sí y á concederle permiso para que designara cuatro de los hombres y dos de las mujeres. María nombró á su médico Burgoin, á su boticario Gorion, á Gervais su cirujano, y á Didier su despensero. De las mujeres á Juana Kennedy y á Isabel Curle,

a cabe-
encon-
domo,
u lado
la ver
era un
u ben-
ándole
Mevil
las de
sta de
o llo-
blica y
rmino
morir,
felici-
me he
e pue-

prin-
terra,
a que
es, sir
l; sir
enien-
Flet-
unos
ciar la
cuya
do es-
phibi-
últi-
os de
feren-
para
mujer-
icario
ense-
turle,



1064

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

la hermana de aquel secretario que falsamente declaró contra ella. Prometió María á nombre de sus criados que no harían ningun extremo que pudiera despertar la sensibilidad de los concurrentes, y añadió con enérgico acento:—Alguna consideración se me debe mientras respire, pues soy nieta de Enrique VII, prima de vuestra reina, reina viuda de Francia y consagrada de Escocia.—En todo esto María no estuvo ni humilde ni altanera, estuvo digna.

Los minuciosos detalles que todos los historiadores facilitan acerca de los últimos momentos de María Stuart, nos permiten hasta hacer la descripción del traje que vestía el día de su muerte. Consistía éste en un prendido de batista fina guarnecido de encaje, con velo negro, también de encaje, que echado á la espalda le llegaba hasta el suelo. Llevaba vestido de raso negro estampado, forrado de tafetan del mismo color y guarnecido por delante con pieles de marta, con cola bastante larga, que recogida llevaba Mevil, desempeñando por última vez las funciones de chambelan. Las mangas eran largas y caían casi hasta el suelo; los botones que adornaban el vestido eran de azabache figurando bellotas y rodeados de perlas. El cuello era á la italiana; el jubon de raso negro, y debajo de él llevaba un corsé ó justillo, abrochado por detrás, de raso encarnado guarnecido con terciopelo del mismo color. Al cuello llevaba una cadena con cruz de oro y unas bolitas odoríferas, y de la cintura le colgaban dos rosarios. Este era el traje que vestía María cuando con planta firme subió los escalones del cadalso. El verdugo imploró su perdón en términos bastante comedidos y respetuosos, y á la observación que ella le hizo de que hubiera preferido le cortaran la cabeza con sable á la francesa, contestó que no era culpa suya, pues habiéndosele prevenido que no llevara cuchilla tendria que servir-se del hacha que encontró en el castillo, volviendo á suplicarla le perdonase. María le perdonó y le dió á besar su mano. Cumpliendo Beale con su misión, tuvo que leer segunda vez la sentencia, lectura que terminó con un «Dios salve á la reina Isabel» grito al cual no contestó nadie. En seguida María, después de hacer la señal de la cruz, se puso de pié y sin notársele la más pequeña alteración en el semblante, antes al contrario, resplandeciente de hermosura cual nunca, con voz entera y vibrante, dijo:—«Milores; he nacido reina, princesa soberana y no sujeta á las leyes, parienta próxima de la reina de Inglaterra y su legítima heredera. He vivido largo tiempo prisionera en este país, sufriendo muchas penalidades y males, que nadie tenía derecho á causarme, y ahora para coronar la obra voy á perder la vida. Pues bien, milores, sed testigos de que muero en la fé católica, dando gracias á Dios por hacerme morir por su santa causa, y protestando ahora como siempre, en público como en particular, que jamás he conspirado, consentido ni deseado la muerte de la reina ni ninguna otra cosa contra su persona, si no que por el contrario siempre la he amado y ofrecido buenas y razonables condiciones para que cesasen las turbulencias del reino y librarme de mi cautiverio; y todo esto, milores, sin que se haya dignado darme una res-

puesta, como sabéis muy bien. En fin, mis enemigos han conseguido su objeto, que era hacerme morir; mas no por eso dejo de perdonarlos, como perdono á cuantos han intentado alguna cosa contra mí. Después de mi muerte se sabrá quiénes han sido sus autores y mis perseguidores. Muero sin acusar á nadie, temerosa de que el Señor me oiga y me vengue....»—El dean de Peterborough pretendió contestarle y ofrecerle sus auxilios espirituales, que ella rechazó con firme convicción. Las tentativas del dean y los ruegos de los condes fueron inútiles. María tranquila y serena, puesta de rodillas con el crucifijo en una mano y el libro de oraciones en otra (1) oraba en alta voz y en latin con sus criados, mientras el dean rezaba en inglés con los demás circuns-

tras.—Hízoles á cada una la señal de la cruz en la frente, las abrazó y besó con mucho cariño y las rogó orasen por ella. Continuó desnudándose como lo tenía por costumbre, quitándose todos los vestidos, hasta que se quedó con la ropa interior, que era una saya ó refajo rojo de tafetan aterciopelado. Desnudándose le decía al verdugo:—«Sé que cuanto llevo encima os pertenece, aunque no sea de vuestro uso; pero si me dejais disponer de ello en favor de estas señoritas, ellas os darán el duplo de su valor en dinero.»—Y al querer darle á Juana la cruz de oro que llevaba al cuello, el verdugo se la arrancó de las manos, diciendo:—«Ese es un gaje mio. María calló y continuó su tocado. Juana la sacó del bolsillo el pañuelo de batista bordado de oro, preparado para el caso

desde la víspera, y con él le vendó los ojos. María con el libro de oraciones en una mano y el crucifijo en la otra esperaba de pié y rezando en alta voz á que el verdugo la hiriese. Este, apoyado en el fatal instrumento, que era simplemente un hacha de partir leña, esperaba que ella fuese á apoyar la cabeza en el tajo. Perdiendo la paciencia, el ayudante del verdugo y éste la empujaron hasta el tajo haciéndole apoyar la cabeza en él, lo que ella hizo sin resistencia. Cuando María decía: *In manus tuas Domine*, descargó el golpe el verdugo que por haber ido alto la hirió en el cráneo, haciéndole saltar de las manos con la violencia el libro y el crucifijo. María no exhaló ni un quejido. Repitió el golpe el verdugo, con el que tampoco consiguió el objeto y hubo necesidad de dar un tercero para separar aquella cabeza del tronco. Levantóla del suelo y la enseñó á los circunstantes, diciendo:—«Dios salve á la reina Isabel.—Perezcan así sus enemigos, añadió el dean.—Amen, respondió el conde de Kent, única voz que turbó e aterrador silencio que reinaba en aquel momento.

La cabeza de María, casualmente despojada del gorrito que la cubría, puso de manifiesto sus blondos cabellos, cortados muy cortos, casi todos blancos, como si fueran los de una mujer de setenta años. Sus facciones, poco antes tan bellas, estaban descompuestas hasta el punto de no conservar ni un resto siquiera de aquella hermosura. Sus ojos habían quedado desmesuradamente abiertos; sus lábios continuaban moviéndose como

si todavía orasen, y aquel movimiento nervioso duró más de un cuarto de hora, después de cortada la cabeza. Todo indicaba que la agonía de María había sido una cosa espantosa.

Juana, Isabel y los demás criados, llorando amargamente, recogieron como reliquias el crucifijo, el libro de oraciones, y hasta el falderito que, triste y dando lastimeros aullidos, la siguió hasta el patíbulo, había ido á refugiarse entre sus piernas. El animal se resistió á abandonar á la que fué su ama, y hubo que emplear la fuerza para conseguirlo. El ayudante del verdugo se apoderó de las ligas de María, que eran de raso azul, bordadas de plata. El sherif hizo evacuar el salón, cuyas puertas se cerraron, quedando en él únicamente el verdugo, su ayudante y algunos soldados, que desnudaron completamente el cadáver, y estuvieron inspeccionándolo le brutalmente hasta las tres de la tarde, hora que acu-



ALEGORIA DE LA PAZ.

tantes, según el rito reformado. Cuando María concluyó sus oraciones latinas, volvió á empezarlas en inglés para que pudieran entenderlas todos. El fanático conde de Kent la increpó duramente por no querer morir en el protestantismo. María ni siquiera se tomó el trabajo de contestarle, siguió sus oraciones hasta que las terminó. El verdugo debía empezar entonces á cumplir su triste misión; quiso desnudarla, y ella le dijo:—«Dejadme, yo sé mejor que vos como se hace esto, y no estoy acostumbrada á desnudarme delante de tanta gente ni á tener semejantes ayudas de cámara.»—Llamó á Juana é Isabel para que le prestaran el último servicio, lo cual verificaron ellas llorando con el mayor desconsuelo.—«No lloreis, les dijo en frances, lo he prometido por voso-

(1) En otro lugar diremos el paradero que afortunadamente ha tenido ese libro.

dieron Water, médico de Sttendfort, y el cirujano de la aldea de Fotheringay, encargados de hacerle la autopsia y embalsamarlo. Brantome, que refiere todos estos pormenores, dice, que lo que allí pasó fué infame, muy infame.

El resultado de la autopsia y embalsamamiento fué contrario al miserable objeto que se habian propuesto. El proceso verbal, instruido con ese motivo, evidenció que la belleza de formas de María Stuart era irreprochablemente perfecta, y que en su cuerpo no se encontró la más leve señal que imprimiera ni una pequeña mancha á su decoro. Abierto el cuerpo, se encontró el bazo en su estado natural ú ordinario, y con sólo las venas un poco lívidas; el pulmon amarillento en algunos sitios, y respecto á la masa cerebral, tenia una sexta parte más de la que ordinariamente suelen tener las personas de su sexo y edad. Esto, segun las reglas científicas, era augurio de una larga vida, que el hacha del verdugo cortó de una manera doblemente horrible.

El embalsamamiento no fué ni de mucho una operacion delicada y como debe ser. Todo lo contrario. Cuantos historiadores han hablado de él, lo censuran de mil modos. Mignet, dice:—«El cuerpo de la reina de Escocia, despues de extraer las entrañas, que se enterraron secretamente, fué embalsamado con bien poco respeto por cierto, envuelto en una mortaja encerada, colocado en un féretro de plomo, y abandonado hasta que Isabel fijase el lugar donde debía depositarse.» (1)

Verificada la ejecucion de María, sir Enrique Talbot partió enseguida á Lóndres, á ponerlo en conocimiento de Isabel, la cual quiso llevar la disimulacion al último extremo, aparentando la mayor sorpresa é indignacion, por el acto de ligereza, dijo, cometido por sus consejeros, á los que, y especialmente á Davison, hizo cargar con la responsabilidad. Por otra parte, dió secretamente órdenes para que se celebrara la muerte de la reina de Escocia con populares regocijos, con cuyo motivo hubo iluminaciones en Lóndres, repique de campanas y fuegos artificiales. La sancion pública de aquel hecho criminal la absolvía, segun su política, de la odiosidad que representaba ante las cortes europeas, que indudablemente protestarian por la gravísima infraccion de la inviolabilidad real. Para poder prevenir sus efectos, ordenó Isabel que todos los puertos de Inglaterra quedaran incomunicados, hasta segunda orden, con los del resto del mundo. Interin, preparó el terreno para hacer público aquel acontecimiento. El embajador francés, monsieur de Chateuneuf, llamado por ella, y que hacia dos meses no se presentaba en la corte, despues de ser acogido de una manera excesivamente lisonjera, oyó de sus labios la más profunda expresion de dolor:—«Os juro, le dijo, que me hallo completamente inocente de la muerte de mi buena hermana, y que castigaré como se merece á mis consejeros, por su oficiosidad en complacer los deseos de mi pueblo, contrarios en ese punto á los de mi corazon.»—El embajador respondió únicamente á aquella explicacion, inclinando la cabeza y retirándose. Isabel hizo las más exageradas demostraciones, vistiéndose de riguroso luto y mandó que á sus espensas se hicieran los vestidos de tal á toda la servidumbre de María, que no habia esperado para eso la generosidad de la reina de Inglaterra. El cadáver de María estuvo insepulto hasta el 1.º de Agosto. En esta fecha fué trasladado á Peterborough, en cuya catedral se le hicieron ostentosas honras fúnebres, segun el rito protestante. Acto seguido, los mortales despojos de la que fué reina de Francia y de Escocia fueron depositados en su última morada.

La mártir María Stuart se reunió en muerte con otra mártir, tambien de régia stirpe. El sepulcro de Catalina de Aragon se hallaba colocado enfrente del suyo. Aquellas dos interesantes víctimas, de un padre sanguinario y sin corazon, y de una hija no ménos cruel, Enrique VIII é Isabel Tudor, gozan el descanso eterno bajo las sombrías bóvedas de la catedral de Peterborough.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

(1) MIGNET.—*María Stuart*, cap. XI.



Á LA MUERTE DE LA EMINENTE POETISA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Hoy más que nunca envidio tu talento
Y el sacro fuego que en tu mente ardía;
Hoy que quiero expresar mi sentimiento
Y sólo sé llorar, Gertrudis mía;
Hoy que anhelara en mi entusiasmo ardiente
Un monumento alzar á tu memoria,
Donde dejar grabado eternamente
La inmensa fama de tu inmensa gloria.

Y... lágrimas, no más puedo ofrecerte,
Perla de España, que te vé perdida
Y no se ocupa apénas de tu muerte,
Empeñada en su lucha fratricida!
¡Su obcecacion, su ingratitud perdona,
Dios te guarda en el cielo tu corona!

MERCEDES DE VARGAS DE CHAMBO.

Febrero 3 de 1873.

BRUSELAS.

Bruselas, llamada por las antiguas crónicas *Brosella* ó *Brusella*, debe su origen á San Gevi, obispo de Cambrai y de Arras, á principios del siglo VII.

Habiendo construido una capilla en una pequeña isla formada por el rio Senne, la amenidad del sitio atrajo á muchos habitantes de sus alrededores, quienes habiéndose fijado en este paraje, dieron principio á una ciudad que con el tiempo llegó á ser de tanta importancia, que tuvo en ella su corte el emperador Oton II. Despues fué creciendo en poderío, siendo hoy capital de Bélgica.

Esta hermosa ciudad tiene 2 leguas de circunferencia. Muchas de sus calles son escarpadas, y entre ellas hay 10 que llevan el nombre de *Montañas*. Numerosos edificios la embellecen, y el Parque, adornado de estatuas de mármol, se tiene por uno de los más hermosos paseos de Europa. Sus alrededores están bien cultivados, y presentan magníficos paisajes. El famoso canal, formado con una sangría del Sennes, y que desde Bruselas va hasta Rupel, comunicando el Sennes con el Escalda, puede considerarse como una de las obras más grandiosas de los Países Bajos.

ALEGORIA DE LA PAZ.

Nuestro grabado reproduce un cuadro que se halla en el Museo de Pinturas, debido al pincel de Lucas Giordano, pintor napolitano que floreció en 1632, y vino á España llamado por el rey Carlos II, para quien ejecutó una multitud de obras.

El autor se propuso representar en este cuadro, al mismo tiempo que una alegoría moral, el génio fecundo y la viva imaginacion de Rubens, á quien se debió efectivamente la paz entre Inglaterra y España. En el cuadro, este célebre pintor flamenco se halla á la izquierda del espectador, sentado sobre las espaldas de la *Discordia*, que lanza furiosos alaridos, mientras él ejecuta en un lienzo una composicion simbólica de los beneficios de la *Paz*. Las ideas que su mente le sugiere, están repartidas en todo el cuadro, sirviendo como de ornamento á la figura principal, que es una mujer sentada en un trono, la cual, descansando en el brazo izquierdo, aleja de sí con la mano derecha el furor de la *Guerra*, que se deja ver en el fondo. Tambien tuvieron cabida en esta composicion, además de los beneficios que la *Paz* trae consigo, los males que la *Discordia* ocasiona y la *Vanidad humana*, que suele ser causa de la *Discordia* misma.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

Me vestí y al poco rato vino Rosental á buscarnos para ir al teatro Real.

Antes entramos en el café del Iris. Aquella noche estaba en extremo animado, y la concurrencia no podía ser más brillante.

Como siempre, se fijó la atencion en mí; pero yo estaba tan acostumbrada á estas ovaciones, que las recibí con la mayor indiferencia.

El conde tomó asiento á mi lado, y su amor propio estaba del todo satisfecho por la admiracion que yo inspiraba. A la media hora me puse en pié, para que nos marchásemos, cuando ví que se acercaba un caballero hácia nosotros. Al momento reconocí en él á Suarez, el hermano de Leocadia.

—Estéban! exclamé con sorpresa. V. aquí! ¿Cuándo llegó V. de Salamanca? Cómo siguen Leocadia y Carlota?

—Hermosa Magdalena, me contestó sonriendo, déme V. tiempo para responder á todas sus preguntas. Empezaré contestando á la primera. En este momento me apeo del coche, y me dirigia de aquí á su casa de VV. sino los hubiese encontrado.

Mi hermana está muy buena, y me encargó para V. mil recuerdos.

En cuanto á Carlota se lograron sus más grandes deseos, ya es excelentísima; el día anterior á mi partida, le llegó á su esposo el diploma de la gran cruz de Carlos III.

—Cuánto me alegro, dijo mi padre; eso era el sueño dorado de Carlota; pero dígame V., Suarez, ¿con qué motivo viene V. á la corte, sino es un secreto?

—Nó, mi querido amigo, respondió con franqueza Estéban, vengo á Madrid á ejercer un alto destino en correos, que S. M. tuvo la bondad de conferirme.

—No sabe V. lo que me alegro, Suarez, dijo mi primo con amabilidad. V. es digno de cualquier alto puesto. Si el Gobierno tuviese con todos la buena eleccion que con V., cuánto mejor servido no se hallaria el Estado!

Estéban saludó á mi primo con agradecimiento, y tomó asiento á mi lado.

—Amiga mia, me dijo, V. tan encantadora como siempre; pero cuándo se casa V? Vamos, Luis, tiene V. una calma admirable; yo en su lugar de V. en verdad que no tendria tanta.

Luis se puso pálido al oír esto, y contestó á Suarez con voz convulsa por la emocion.

—Amigo mio, no me culpe V. á mí de esta tardanza, á Magdalena debe V. dirigirse.

Yo me ruboricé mucho, y balbuceé confusa.

—Estéban, por cierto que está V. bien poco galante. Eso es decirme que debo apresurarme á tomar estado, porque los años pasan. Eso es llamarme indirectamente vieja. Cási tiene V. razon, ayer cumplí 24 años.

—Calle V., Magdalena, dijo el conde interrumpiéndome. ¿No conoce V. que Suarez se chanea, aun cuando es una chanza algo inconveniente?

—Conde, dijo Estéban con sequedad, y mirándole con un tanto de sarcasmo, rara vez acostumbro á chancearme, y tampoco estoy acostumbrado á recibir lecciones de cortesía.

Creo que nada tiene de particular que yo pregunte á Magdalena cuándo se casa, pues su matrimonio con Luis hace tiempo que fué anunciado. En esto no la ofendia, pues además de que mi amiga es demasiado jóven para creer mi pregunta una alusion personal, las mujeres tan bellas como ella nunca envejecen. Señor conde, cuando dé V. su parecer sobre una cosa, procure V. estar mejor informado. ¿O quizá le escuece á V. que se hable de enlace, porque no se celebró el suyo, del que tanto se hablaba? Si esto es así, dígame V. con franqueza y tendré cuidado de no volver á hablar de semejante asunto.

Augusto, yo me quedé pasmada, y conocí que Suarez nada sabia de mis amores con el conde; me creia aún la prometida de Luis. Pero, sobre todo, me asombraba hasta la estupefaccion, el tono incisivo y arrogante de Estéban con el conde.

En Salamanca no eran amigos íntimos, mas tampoco

eran enemigos; por el contrario, se apreciaban, y se veían mucho en casa de su hermana de V.

Alberto al oír á Suarez se puso pálido de cólera, y le dijo:

—Me dará V. una satisfacción de sus palabras insultantes. ¿Qué le importa á V. que mi casamiento no se haya verificado? ¿Es V. acaso padre ó hermano de la jóven?

—Señor conde! exclamó mi padre queriendo cortar la disputa.

—Alberto! por piedad! dije yo al conde, no quiera V. dar un escándalo en un sitio tan público como es un café!

—Señor conde de Rosental, repuso con desprecio Suarez; la satisfacción que V. me pide con tanta altivez, no á mí, sino al noble general Augusto Ponce de Leon, hermano de Ernestina, es á quien tiene V. que dársela, y él le busca á V. para pedirle cuenta del honor de su hermana. No soy pariente de la jóven ofendida, pero sí uno de sus mejores amigos, y como tal deploro su desgracia y maldigo al autor de ella.

—Estéban, por Dios, explíquese V. le pregunté con angustia; qué significa el honor de Ernestina? Cielo santo! Qué pasa? Por compasión, hable V! ¡Oh, me está V. asesinando! Qué quiere decir ese silencio?

—Quiere decir, prosiguió Suarez con una calma cruel, y como si quisiese que cada una de sus palabras fuese una saeta emponzoñada que se clavase en el corazón del conde; que la jóven, la niña, Ernestina Ponce de Leon, pues sólo cuenta 20 años, tiene un hijo! No puedo yo explicar á V. la cruel desesperación de la infeliz jóven, la ira de su hermano el noble general, y el baldon que sobre una señorita tan noble ha caído á causa de su falta; falta de que también es cómplice el conde de Rosental, y que debiera haber borrado hace ya muchos meses, si hubiese sido en efecto un caballero.

Al oír las palabras de Suarez, exhalé un grito de asombro y de dolor.

El conde se quedó helado, y por algunos momentos no supo qué decir; pero se repuso en breve, y la cólera más terrible se manifestó en su semblante. Cogió del brazo á Suarez, y le dijo:

—Insolente! Quién le manda á V. el mezclarse en mis asuntos, y sonrojarme públicamente, dándome una noticia que sólo debiera ser de V. á mí? Ahora mismo vendrá V. conmigo, y me dará una satisfacción de su afrenta.

—Cuando V. guste estoy á sus órdenes, contestó friamente Suarez; mi amigo Luis puede servirnos de padrino.

—Sí, replicó el conde furioso; ahora mismo, vamos!

—Alberto, exclamé con voz suplicante; véngase V. conmigo.

Mas él, sin oírme, salió del café, seguido de Suarez y Luis.

Yo, loca de desesperación, volví á casa acompañada de mi padre, y derramando copiosas lágrimas.

CAPITULO XXII.

REFLEXIONES TRISTES: RESOLUCION.

El conde de Rosental se batió con Estéban Suarez, y salió herido de gravedad, teniendo que guardar cama. Este lance me sugirió mil tristes reflexiones.

Mi posición no podía ser más desesperada; amaba á un hombre que, de derecho, según las leyes del honor, pertenecía á otra mujer. Había un hijo abandonado, á quien yo arrebatara su padre y le dejaba sin nombre, haciendo que cayese sobre él el triste dictado de "bastardo." Augusto, vuelvo á repetirle á V. que á saber yo que Ernestina tenía con Alberto un compromiso tan sagrado, nunca me hubiese atrevido á ser su amante; pero ay! al lanzarme en la lucha con su hermana de V., nada sabía, y en el caso á que llegaron las cosas no era ya tiempo de retroceder. Por un momento el recuerdo de Angela y su heroísmo vino á mi memoria, y tuve intención de romper con el conde, aun cuando fuese haciendo un gran sacrificio, pues yo creía de buena fe que le amaba. Esta buena acción no la llevé á cabo por mi maldita vanidad, escollo en donde siempre se detenían mis buenos instintos.

A los pocos días del duelo, Suarez vino á mi casa, y con ademán enérgico y con voz severa me reprendió mi coquetería, que era la causa del deshonor de una señorita como Ernestina. Me recordó el triste fin de Irene Valdelirios, muerta por Eguilaz y por mí.

—Magdalena! me dijo con solemne tono; Eguilaz recibió ya su castigo: ambicioso y malvado, se casó en Valladolid por interés, con una rica heredera, y su mujer le abandonó á los cuatro meses de matrimonio, fugándose con el mayordomo y llevándose lo más rico de la casa. Eguilaz arrastra una vida triste y angustiosa, siendo el ludibrio de todos: justo castigo de su infamia! Amiga

mía, no tiene V. á Dios, que tan bondadoso se muestra con V. Rompa V. sus relaciones con Rosental, y aconséjele que se case con Ernestina. Si V. no lo hace, será eternamente desgraciada! Oh! Magdalena, su nécia vanidad la perderá á V.

Augusto, este era el medio peor que se podía tomar conmigo. Al oír á Suarez, me creí ofendida en mi orgullo, y todos mis buenos deseos se desvanecieron, y pensé más que nunca en ser condesa de Rosental.

Me burlé de las amonestaciones de Estéban y de sus consejos, y con voluntad fuerte pensé llevar á cabo mis proyectos.

El conde seguía enfermo, y yo le iba á ver todos los días, acompañada de mi aya.

Así pasaron tres meses, y viendo que Alberto no tenía mejoría, me empecé en que viniese á vivir con nosotros, y después de las más reiteradas instancias, lo conseguí.

En mi casa rodé á Alberto de cuantas comodidades puede inventar el cariño y el lujo. El estaba casi siempre sombrío, y se conocía que los remordimientos le atormentaban. Yo cuando le veía así, le distraía con mi conversación picaresca y mordaz. Alberto se sonreía y recobraba su buen humor. El buen tiempo le mejoró mucho, y se encontró casi restablecido del todo, pudiendo salir al campo, lo que le agradaba en extremo.

Había transcurrido un año desde el desafío. El hermano de Leocadia seguía en su destino, cada día mereciendo mejor aprecio de sus jefes. Visitaba con frecuencia mi casa, porque era muy amigo de Luis. Yo apenas le hablaba, y cuando él trataba de dirigirme alguna reconvencción, le volvía bruscamente la espalda. El suspiraba y se alejaba.

Cuando el conde se vió restablecido, me dijo que si yo aceptaba, se casaría conmigo; noticia que yo acogí con el mayor placer, diciéndole me pidiese á mi padre, y se lo dijese á Luis por mera política. El así lo hizo, y mi padre dió con placer su consentimiento. En cuanto á mi primo, el pobre mártir se puso pálido, pero tuvo valor para decirle con voz angustiosa:

—Conde, haga V. muy feliz á Magdalena!

Al fin mis deseos iban á verse cumplidos; después de tantas luchas, tendría la felicidad del hogar doméstico. Oh! Cuán feliz me creía! Pronto sería la esposa del hombre á quien amaba, muy luego sólo la muerte podría romper nuestros lazos.

Mi padre dijo al conde, al pedirle mi mano, que había perdido la mitad de su fortuna en desgraciadas especulaciones, y que su hija no era tan rica como se creía; mas que estaba metido en otras que le resarcirían de todas sus pérdidas.

El conde, con noble desprendimiento, le contestó que no hablase más de tan pequeño asunto, y mi padre quedó satisfecho del desinterés de su futuro yerno.

Cuando Suarez supo que yo iba á casarme con el conde, manifestó el mayor asombro; pero viendo el placer retratado en mi semblante, me dirigió una mirada amenazadora que me hizo estremecer.

Sólo dos días faltaban para verificarse mi enlace, cuando una noche Suarez me dijo con la mayor amabilidad que deseaba que asistiéramos á una comedia que se ponía en escena en el teatro del Príncipe, cuyo autor era él.

Traía los billetes; mi padre y Luis se empeñaron en ir, y el conde y yo éramos demasiado felices para negarnos.

CAPITULO XXIII.

VENCIMIENTO DE LA BELLEZA DEL TALENTO SOBRE LA HERMOSURA.

El teatro del Príncipe estaba lleno de una brillante y escogida concurrencia. La pieza tenía fama de ser muy buena, y todos esperaban que se alzase el telón.

Yo tomé asiento en el sitio de preferencia del palco, el conde á mi lado, y mi padre y Luis enfrente.

Estéban Suarez insistió con afán en sentarse detrás de mí.

El conde y yo nos encontrábamos también uno al lado del otro, que de corazón perdonábamos á Suarez y aun le hablábamos con agrado.

Se alzó el telón y reinó en el teatro el más religioso silencio. Todos oían con afán y miraban al foro con ojos curiosos. A las primeras escenas, conocimos que la obra era preciosa. Ni el argumento podía ser más bello, ni el verso más armonioso y enérgico.

La pieza comenzaba á excitar la atención general, y el público aplaudía con entusiasmo. Oh! la obra era magnífica, y llena del más tierno sentimiento. En ella estaban expresadas todas las pasiones humanas con sencillez y propiedad. Apesar de mis prevenciones contra Suarez, no pude menos de darle la más sincera enhorabuena.

Suarez acogió mis elogios con irónica sonrisa, dirigiéndonos al conde y á mi extrañas miradas.

Alberto era entusiasta por la literatura dramática, así fué que con una generosidad que me sorprendió, dijo á Estéban:

—Caballero, la pieza es hermosa, y no dudo que será acogida con delirio. Me agrada mucho, se lo digo á V. con franqueza.

—Gracias, conde, le contestó con finura Estéban; el voto de V. es para mí de mucho valor, pues es V. una persona entendida en literatura, y creo que me dirá V. la verdad, pues ya sé que no soy su amigo.

Alberto arrugó el ceño, y nada dijo.

Se concluyó el entreacto, y la conversacion quedó cortada.

Cuanto más seguía la comedia, mejor era, y al fin del segundo acto, el entusiasmo rayó en delirio; frenéticos aplausos se oían por todas partes. Oh! la vanidad de Suarez debía estar satisfecha. Yo lo creía así, pero ay! cuánto me engañaba!

El tercer acto era la más brillante epopeya que se podía hacer de la virtud. Ah! el autor apuraba en él todo su genio y rica imaginación. Estaba sublime, aquella obra debía hacerle inmortal. Su nombre no se pronunciaría más que con admiración.

Al terminarse la comedia, el público entero quiso conocer al autor, y lo pidió con insistencia. El director de la compañía, contestó que no estaba en el teatro, pero el público no se dió por satisfecho, y volvió á gritar:

El autor! el autor! Que salga el autor!

—Suarez, dijo Luis, ¿qué espera V. para presentarse en el palco escénico? El público entero le aclama á V. con entusiasmo, y desea conocer al autor de tan hermosa producción.

—Estéban, dijo mi padre, no se detenga V., ó va haber una revolución en el teatro. Tengo una gran satisfacción de que un paisano mío haya alcanzado semejante triunfo. Suarez aún vacilaba, pero todos seguían gritando á una voz: El autor! el autor!

El conde le dijo al ver su timidez:

—Por la Virgen del Pilar, caballero, que es V. un loco en no presentarse al momento! No ve V. ese millon de cabezas que le saludarán! ¿Esas voces que pronto aclamarán su nombre? Oh! ¿quién me diera estar en su lugar de V. en este instante? ¿Daria por que fuese así la mitad de mi fortuna!

—Sea, ya que V. lo quiere, conde, contestó Estéban con tono solemne, va V. á ver satisfecho su deseo; el público conocerá al autor de la comedia.

Al acabar de decir esto, salió del palco y se dirigió al foro.

Se dijo que iba á salir el autor, y reinó en el teatro el más religioso silencio.

Pasaron diez minutos, la impaciencia de todos era grande, y el conde no era de los menos impacientes.

(Se continuará.)

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

Explicacion del Figurin 1.064.

FIG. 1.^a Traje de baile.—Es de tafetan azul claro. La falda, de cola, va guarnecida con tiras de terciopelo azul fuerte, cortadas en puntas, puestas al biés y orilladas de puntillas negras. Dos tiras del mismo terciopelo, estrechas en la cintura, y que van ensanchando hacia el bajo, guarnecidas de encaje y presillas de raso, sujetas con un boton, adornan el paño de delante. Solapas iguales adornan las mangas cortas, que se completan con un bullonado de gasa azul. El cuerpo, escotado, lleva también las mismas solapas. Puntilla blanca en el escote y puños de encaje. Diadema de oro con estrellas de perlas; pendientes y medallón que hagan juego.

FIG. 2.^a Otro traje de baile.—Es de poulte de soie rosa. La falda, también de cola, lleva en el bajo solapas triangulares, orilladas de un biés de raso y un encaje blanco, y separados por lazos de cinta de raso, con caídas.

Un bullonado de gasa de seda blanca, orillado por ambos lados con un encaje, forma cabeza á las solapas.

La parte superior de la falda está cubierta con picos de encaje superpuestos, y unidos entre sí por lazos iguales á los que separan las solapas.

Cuerpo escotado con punta delante. Berta que repite el bullonado y los lazos de la falda. Corona de margaritas y hojas verdes.



VARIEDADES

ZOOLOGIA.

LA PANTERA NEGRA.

La pantera negra de Java, es idéntica á la pantera de Africa: suele tener menores dimensiones que aquella, y toda la diferencia consiste en el color intensamente negro y brillante de su piel, y en que es más valiente al par que más dócil, pues los Indios la domestican y adiestran, para que les sirva de perro en las cacerías de otros animales. Nuestro grabado representa á una pantera negra despedazando á un Antílope, especie de Ciervo que sólo se diferencia de éste, en que su piel es un poco más clara, con algunas manchas blancas, y sus astas más pequeñas.

BENIGNO DONCEL.

**

Hemos leído con sumo placer un poemita titulado *La Aurora de Libertad*, escrito por el aventajado poeta D. Abelardo García de Montalban, al que damos la enhorabuena por su bello trabajo.

**

Se ha estrenado con un éxito sumamente lisonjero, en el elegante teatro del Circo, el drama titulado *Tasso*, original del joven escritor D. Mariano Catalina.

Robusta y correcta versificación, levantados pensamientos y hábil desarrollo del asunto, son las condiciones que principalmente resaltan en la obra de que nos ocupamos. El público, que ya quiso saludar al autor en el primer acto, le obligó, con sus repetidos aplausos, á presentarse en escena al finalizar el segundo, acompañado de las señoras Díaz y Castro, y otras tres veces á la conclusion del drama, con todos los artistas que tomaron parte en su ejecución.

Enviamos nuestros sinceros plácemes á D. Mariano Catalina, que con tan brillante triunfo ha inaugurado su carrera literaria.

CORRESPONDENCIA.

A. L.—*Burgos*.—Para limpiar el cabello postizo se procede del modo siguiente: se mete en agua fría, se hace hervir por espacio de un segundo, se aparta y se deja enfriar completamente, antes de peinarlo. Cuando pueda V. procurarse nueces verdes, tome V. sus cortezas quebrantadas, póngalas en infusión durante muchos días y al aire libre, y lave V. después con esta infusión el cabello, que quedará perfectamente.

V. S.—*Villena*.—Una señorita tan laboriosa como V., y tan amante de labrar la felicidad de cuantos la rodean, necesita la excelente máquina de coser *La Silenciosa perfeccionada*. Dirijase V. á D. Antonio de Paz, en Santander, quien la remitirá modelos de dicha máquina, tarifa de precios, muestra de labores, y cuantos detalles puedan serla necesarios.

L. M.—*Barcelona*.—Nada más fácil que sacar los patrones que damos en nuestros pliegos, y que son sumamente exactos, pues todo consiste en un poco de práctica: nada más útil para las jóvenes, que dedicarse á este trabajo, que las facilita el hacer toda clase de prendas por sí mismas. Ya que tiene V. tres hijas laboriosas, animelas V. para que emprendan esta tarea, y verá que la proporcionan muy buenos resultados. Sin embargo, tenemos una acreditada modista francesa, encargada de cortar los patrones que se pidan, al precio de 6 rs. cada uno, y si V. se determina, se los mandaremos á vuelta de correo.

Cerca del bien querido.—Las polonesas bordadas con soutache, siguen gozando de igual favor. Los poufs se llevan todavía para los trajes de negligé, y aun para los de vestir; pero en este caso, las faldas deben tener menos vuelo, para que no resulten demasiado abultadas.

V. Q.—Para toda clase de objetos de perfumería, dirijase V. á *La Catalana*, directora del acreditado establecimiento *La Universal*, Plaza de Topete, ántes de Santa Ana, núm. 15.

A la sombra de mis pinos.—Ya se le han mandado las obras de doña Angela Grassi, *Las riquezas del alma*, *Quién no siembra no coge*, y la *Colección de poesías*, cuyo importe total para las suscriptoras del CORREO, es de 18 rs.

Saber vivir.—El célebre Brummel, uno de los personajes más elegantes de París, solía decir á sus amigos: "El secreto de la verdadera elegancia, consiste en vestirse de modo que siempre que se salga á la calle no se llame la atención. Cuando veáis que os miran, desconfiad del buen gusto que ha presidido á vuestro traje."



PANTERA NEGRA.

Léjos de mi patria querida.—Catorce años hace que dirijo mi tímida voz á las suscriptoras del CORREO. Para mí, son como otras tantas hermanas: las amo con toda la ternura de mi alma, y me considero feliz cuando puedo serlas útil. Mis consejos son tan desinteresados y leales, como los que una madre puede dar á sus hijas predilectas.

M. M.—*Madrid*.—Para restaurar las cintas ajadas y manchadas, basta poner en un litro de agua un pedazo de sal de sosa, del tamaño de una nuez. Se sumergen en esta preparación las cintas, se sacan, se dejan escurrir, y se planchan por el revés, todavía húmedas.

Señora Condesa de C...—Para hacer una buena *Agua de Colonia*, tan indispensable en el tocador, tome V. 860 gramos de alcohol, para 5 gramos de esencia de bergamota, 7 gramos de esencia de limón, 7 gramos y medio de esencia de Portugal, 7 gramos de esencia de toronja, 3 gramos y medio de esencia de Lavanda, medio gramo de esencia de romero, un gramo de esencia de azahar, 4 gotas de esencia de canela, 2 gotas de esencia de clavo y 3 gotas de tintura de ámbar.

Todas estas sustancias deben ser frescas y de primera calidad, como asimismo el alcohol.

Antes de servirse del agua de Colonia, así preparada, es preciso dejarla envejecer, pues no adquiere toda su perfección hasta pasado un año; pero tendrá V. la seguridad de que es superior, y no contiene ninguna sustancia nociva al cutis ó á la salud.

**

Se han recibido más soluciones á las charadas *Abubilla* y *Ramona*, insertas en el núm. IV del CORREO del presente año, por las señoritas doña Elena Albi y Romany, de Jávea; doña Aurea Cibeira, de Carballino; doña Cándida Usabiaga y Lasa y doña Concha de Jáuregui y Lasa, de Villafranca de Guipúzcoa; doña Pilar Couder, de Candás; doña Ursula Serrain, de Sevilla; doña Cándida Meneses, de Santander, y doña Petronila Sanchez, de Valladolid.

**

Solución á la charada inserta en el núm. VI del CORREO, correspondiente al 10 de Febrero, por las señoritas doña Nieves Fernandez y Córdoba, y doña Concha Fernandez y Córdoba, de Mérida; doña Pilar Segundo de Igualada; doña Carmen Montero, de Tarragona; doña Isabel Villena, de Santa Fé; doña Jerónima Amores, de Valladolid; doña Ignacia Trabadillo, de Villafila; doña Carmen Muñoz de Burgos, de Segovia; doña Ana Santelmo, de Córdoba; doña Pía Santos, de Sevilla, y los señores D. Félix Alvarez, de Zaragoza; D. Aniceto Gonzalez, de Ternel; D. Liborio Vinent, de Barcelona, y D. Vicente San Juan, de Murcia:

Astrónomo.

CHARADA.

A muchos gusta
Prima y tercera,
Y se preparan
Cosas muy buenas
De confitura,
Con dos y tercia;
Más de buen grado
Prescindo de ellas,
Pues mi dos prima
Me lo aconseja,
Con tal que el todo
Desaparezca
De nuestra vista,
Y aquí no vuelva.

JERÓNIMO COUDER.

ADVERTENCIA.

Aunque creemos que nuestras inteligentes suscriptoras á la Edición de Lujo, guiadas por la numeración de los tres figurines que se repartieron con el número del 18, habrán sabido colocarlos en su lugar correspondiente, creemos de nuestro deber, sin embargo, advertirlas que el figurín 1059, pertenece al 18 de Enero; el 162, al 10 de Febrero, y el 163, al 18 de Febrero; quedando por lo tanto al corriente, y subsanada la falta causada por las nieves.

La empresa del CORREO DE LA MODA, de acuerdo con la que publica en Cádiz el interesante periódico *Las Buenas Novelas*, notable por todos conceptos, ofrece á sus abonados, que quieran suscribirse á las dos publicaciones unidas una notable rebaja en sus precios, que son como sigue:

PROVINCIAS.

EL CORREO DE LA MODA. Edición de Lujo con *Las Buenas Novelas*, que reparte cinco números al mes, equivalentes á 40 entregas, de las que comunmente se publican, ilustradas con profusión de magníficos grabados, que hacen su lectura mucho más interesante y recreativa, y una lindísima pieza de música para piano.

Las dos publicaciones.—Por 1 año 180 rs. Por 6 meses 92. Por 3 meses 48.

EL CORREO DE LA MODA, Edición económica con *Las Buenas Novelas*.

Las dos publicaciones.—Por 1 año 120 rs.—Por 6 meses 64. Por 3 meses 34.

MADRID.

EL CORREO DE LA MODA, Edición de lujo, con *Las Buenas Novelas*.

Las dos publicaciones.—Por 1 año 156 rs. Por 6 meses 80. Por 3 meses 42. Por 1 mes 17.

EL CORREO DE LA MODA, Edición económica, con *Las Buenas Novelas*.

Las dos publicaciones.—Por 1 año 108 rs. Por 6 meses 56. Por 3 meses 30. Por 1 mes 13.

Los señores suscritores al CORREO DE LA MODA que deseen adquirir todo lo publicado de *Las Buenas Novelas*, podrán adquirirlo á razón de 36 rs. al año.

Las Sras. Suscriptoras á la Edición de lujo recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.

CORREO DE LA MODA.

FEBRERO DE 1873.

Dibujos para bordados.

- 1.—Cenefa y ángulo, bordado a soutache, para vestido ó abrigo.
- 2.—Babero bordado sobre piqué, con soutache blanco ó de color.
- 3.—Ángulo de pañuelo rico, aplicación de nanzouk sobre tul.
- 4.—Fondo y borde de un gorro griego para hombre.
- 5.—Aplicaciones de terciopelo sobre paño, orilladas: las aplicaciones de soutache de oro y realizadas con un bordado á puntos largos.
- 6 y 7.—Otro fondo y borde para gorro griego, bordado con soutache y estrellas de aplicación. El gorro es de terciopelo y las estrellas de terciopelo también, de un color que haga juego.
- 8.—Medallón para pañuelo, bordado en blanco.
- 9.—Escudo para pañuelo, plumetis y arenilla.
- 10.—Cenefa de encaje irlandés.
- 11.—Diseño bordado á soutache para adornar trajes y abrigos.
- 12.—Cenefa bordada con soutache para el mismo objeto.
- 13 á 16.—Cenefas para adornar ropa blanca.
- 17.—Iniciales para sábanas.

Alcaldía completa, bordado á plumetis ó á feston.





CORREO DE LA MODA.

EXPLICACION DE LOS PATRONES.
(AMBOS SON DE TAMAÑO NATURAL.)

Núm. I.—Cuerpo escotado con aldeta y berta.

Fig. 1.—Delantero.
Fig. 2.—Costadillo.
Fig. 3.—Espalda.
Fig. 4.—Manga.
Fig. 5.—Peto.
Fig. 6.—Tirantes.

Se cortan el forro y la tela para los delanteros y los costadillos en cuatro pedazos, y la espalda entera. Para la manga no se corta más que el forro, pues debe ir cubierto de un bullonado de tela. Este se hace con un hiso de una vez y media la altura y el vuelo del forro.

Esto hiso se dispone en frunces y se fija sobre el forro, dejando lisos cinco ó seis centímetros de la tela por ambos lados de la costura, de modo que casi toda la parte fruncida se halle en el hombro. El bullonado se dispone á pliegues sobre los bordes laterales del forro, escotándolo por arriba para que siga la forma de la bo-camanga. El cuerpo cierra por delante. Primero se hacen las pinzas, luego se le hilvana todo y se prueba antes de coserlo. Para la berta se corta de muselina el peto, que se pone sobre el delantero del cuerpo, en donde marcan las señales y los tirantes. Sobre este fondo de muselina se coloca el adorno, compuesto de entredoses y encajes, cuya union se oculta con una tirita bordada. La berta lleva por atrás un lazo con caídas flotantes, y otro delante pero sin caídas.

Núm. II.—Chaqueta parisina.

Fig. 7.—Delantero.
Fig. 8.—Costadillo.
Fig. 9.—Espalda.

Esta graciosa chaqueta, sin mangas, se hace generalmente de terciopelo negro; es alta, coñida del tallo y con aldeta larga por detrás y abierta en las caderas.

Un ramo de flores que se prolonga por ambos lados en guarnición, bordado con cordoncillo de seda de colores vivos y hojas verdes, rebosa por detrás la aldeta y figura fichú en el escote. Por delante, la chaqueta cierra con brandeburgos de pasamanería.

Esta chaqueta es de un efecto delicioso. También puede hacerse en cachemir blanco y bordado de colores.

Núm. III.—Botonda de cachemir para completar un traje de entretiempo (sistema Ortega).

Fig. 10.—Botonda.

